

Orden y desorden de la atención médica durante el sitio de Querétaro en 1867. ¿La historia está hecha por los vencedores?

GUILLERMO FAJARDO-ORTIZ*

Durante el memorable sitio de Querétaro en 1867, que consolidó a la República, hubo necesidad de proporcionar atención médica. Hay dos relatos en cuanto a la misma, que muestran divergencias; uno fue escrito por Samuel Basch, médico austriaco de Maximiliano, y el otro por el doctor Hilarión Frías y Soto, quien servía a la causa republicana. Lo importante de las palabras de ambos es la viveza de su contenido y que permiten sumergirse en el pasado. Las palabras de cada uno tienen su propio valor y su propia interpretación. Leer lo mexicano o leer lo extranjero da como resultado lo mismo: lo escrito, escrito está y no puede modificarse; más bien se debe entender el por qué de ello.

Samuel Basch nació en 1837 y murió en 1916. Llegó a Puebla en calidad de médico militar, escribió un pequeño libro al que llamó *Recuerdos de Méjico. Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano (1866 a 1867)*; que fue traducido a varios idiomas. Basch fue el encargado de llevar en 1867 a Viena el cadáver embalsamado de Maximiliano.

Hilarión Frías y Soto nació en la ciudad de Querétaro el 20 de octubre de 1831 y murió en Tacubaya, D. F., en 1895. Estudió medicina en la ciudad de México y fue Secretario General de Gobernación en Querétaro. Durante la guerra de tres años, la intervención francesa y el Imperio, tomó las armas en defensa de las ideas liberales y de la República. A la caída de Maximiliano volvió al D.F. como diputado al Congreso de la Unión, del cual formó parte en varias legislaturas. Cultivó las letras colaboró en varios periódicos y escribió una

novela titulada *Vulcano* (1882); también fue fotógrafo. Basch escribió lo siguiente:

Entre tanto, además de mi empleo cerca de la persona del emperador se me confió otro cargo: la inspección general de los hospitales de Querétaro. Mucho trabajo me costó poner remedio al desorden que allí encontré, por cuanto a que los médicos mexicanos abandonaban el cuidado de los heridos a enfermeros inexpertos; no se ocupaban de ellos sino de vez en cuando, y eso para los casos muy graves. Nada, pues, tiene de extraño que aquellos mis colegas se pusiesen desde los primeros días a urdir una trama contra mí. Velase pospuestos a un extranjero, y trataron de imposibilitarme el desempeño de mi comisión. El que hasta entonces había fungido de médico en jefe se dió por enfermo; algunos de los otros doctores amenazaron con retirarse del servicio. Yo no me dejé asustar, y continué tranquilamente cumpliendo con mi cargo. Como que no era posible sin que los enfermos se perjudicasen, desplegar el conveniente rigor contra los médicos, los cuales oponían una resistencia pasiva a cualquiera innovación, juzgué oportuno establecer en el Casino, y bajo mi inmediata dependencia, una especie de enfermería normal, para demostrarles todo lo que podía hacerse. El emperador cedió el local más a propósito y en su misma habitación: eran dos salas y dos cuartos capaces de contener cuarenta camas; allí establecí mi departamento, ayudado por otro médico alemán, el doctor Prandt. Poco a poco fui introduciendo los reglamentos de esta enfermería normal aún en los otros hospitales encomendados únicamente a los médicos mexicanos, quienes acabaron por avenirse a ellos. Echaron de ver mis colegas mexicanos que yo, jefe y todo, me sujetaba a aquel riguroso reglamento; no hallaron, pues, una manera decente de evadirse, y no les quedó más recurso que conformarse con él.

Como que la notoria escasez de la caja militar no permitía suministrar fondos para los hospitales, pensé en establecer una junta de beneficencia compuesta del cura, de otros dos sacerdotes, y de algunos vecinos de los más acomodados: yo entré a formar parte de ella, conforme al deseo de los demás miembros.

Conseguimos de los habitantes, ropa blanca, colchones, vino e hilas. Solo que todo ello no alcanzaba por el gran número de heridos, como que además de los nuestros asistíamos a los prisioneros que lo estaban; de ahí es que la mortandad fué

* Académico numerario. Subjefatura de Investigación. Centro Médico Nacional Siglo XXI. Instituto Mexicano del Seguro Social. Profesor titular. UNAM.

considerable, a pesar de todo nuestro esmero.

Asombrados estaban los mexicanos al ver el empeño con que el emperador se ocupaba de los hospitales y del cuidado de los enfermos, empeño que se extendía hasta a los prisioneros, a algunos de los cuales favoreció secretamente con socorros pecuniarios, sin que ellos supiesen apreciar tanta humanidad.

En resumen, Basch fue médico de Maximiliano, inspector general de hospitales en Querétaro donde estableció un hospital de carácter provisional con 40 camas, reglamentándolo y logrando ayuda económica para su sostenimiento.

Frias expresó que los problemas no se solucionaron, que la escasez de recursos persistió, que la junta de beneficencia fue un proyecto de Maximiliano y no de Basch, además señaló que hubo actos de rapina. En marzo de 1871 el doctor Hilarion Frías y Soto elaboró un documento titulado «Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano», en la parte introductoria a las mismas expuso lo siguiente:

Mi censura solo afecta a la parte histórica del opúsculo del médico alemán, porque el celo patrio me obliga a no dejar pasar desapercibido tanto error verídico acerca de nuestras cosas y tanta mala apreciación hecha sobre nuestros hombres.

Más adelante Frías escribió:

Poco modesto se muestra el doctor cuya misión era curar al príncipe, y después a los heridos de que quedó encargado y de este encargo tan humanitario al papel de batallador que se digna van un abismo.

Afortunadamente él mismo confiesa que sus triunfos eran otras tantas victorias de Pirro.

Por un momento se despoja de sus arcos militares, y después de habernos ligeramente de la salida del día 10 de abril, salida en la cual los sitiados tuvieron que retirarse violentamente a la plaza hechos pedazos por los republicanos, algo que nos habla de sus trabajos como médico de ejército.

Como siempre, asegura, que en los hospitales militares reinaba mucho desorden, gracias a los médicos mexicanos. Basch fue a regularizar aquellos trabajos, reglamentó el servicio, estableció la junta de beneficencia, y convirtió, en fin, las ambulancias en una especie de paraíso terrestre a donde con todo y eso se morían todos los heridos.

Yo confieso que casi siempre nuestras ambulancias no han andado muy bien, ni han estado a la altura de su misión. Es que en medio del desorden administrativo de nuestros gobiernos, todo ha llevado el sello de la escasez y de la imprevisión.

Pero ni las faltas que se notaron en el servicio médico-militar de los sitiados, dependieron de los médicos mexicanos, ni las remedió Basch, ni era capaz de ello.

A cuantos trataron al doctor Basch en Querétaro, puede constar que el médico extranjero solo, jamás hubiera podido servir aquellas salas improvisadas adonde todo faltaba para atender debidamente a los heridos.

El desorden, la miseria, la incuria y el empirismo que se veían imperar en el servicio de las ambulancias, debe atribuirse al gobierno imperial que al ver que su jefe marchaba con el ejército a una campaña larga y cruda, no dispuso lechos de

campaña, botiquines, cajas de cirugía, etc., etc.

Esto no lo pueden improvisar los médicos. De aquí es que pronto se encontraron sin un instrumento útil y los cuchillos de amputación, a causa del frecuente uso, quedaron inservibles, los bisturís sucios, y todo, en fin, en tal deterioro, que se hizo imposible el servicio militar. De aquí la podredumbre del hospital y todas las enfermedades de contagio.

¿Basch podía, con todo y su poder omnipotente como extranjero, remediar estos males?

¿En cuanto a la junta de beneficencia no me explico por qué no confiesa el autor que la idea de esa asociación fue concebida por Maximiliano, el cual la comunicó al cura de la parroquia de Santiago, Agustín Guisasaola. Inmediatamente se puso en planta.

Agustín Guisasaola es una persona muy notable en aquella población. Antes de ser clérigo, fué soldado: las tempestades de la vida lo arrojaron al altar, llena de unión el alma y después de hundir en el olvido todos los recuerdos del pasado.

Sacerdote por vocación, se arrojó enteramente al cumplimiento de su deber, aunque cometió la debilidad de inocular algo en el movimiento reaccionario. Esto le provocó la ira de los republicanos, que en aquellos momentos de lucha tan encarnizada eran muy intransigentes.

Los enemigos de clero vieron entonces en Guisasaola un combatiente muy peligroso y lo atacaron con todas las armas posibles, hasta con las de la calumnia.

Pero no tuvieron en esto razón.

Guisasaola tiene algo del tipo sublime que describió Victor Hugo en el obispo Bienvenido, en ese admirable personaje de sus Miserables.

Si Guisasaola no viviera aún, yo revelaría la ardiente e inmanculada caridad de ese joven cura, que sabe quedarse desnudo para vestir al mendigo.

Pero cuando él siempre cuida de que ignore su mano izquierda la limosna que dá su mano derecha, yo no puedo lanzar a la publicidad esa vida consagrada al templo y a la humanidad doliente.

Hasta de parte del clero tan rencorosa, como ignorante, veía un eterno reproche de sus desórdenes y de su intolerancia en aquel sacerdote tan digno y a quien la sociedad entera tributaba tanto respeto y homenaje.

Pues, bien, ese fué el hombre a quien Maximiliano puso al frente de la junta de beneficencia, y gracias a él los heridos y enfermos pudieron disfrutar de algunas comodidades en medio de la miseria que asolaba la ciudad sitiada.

Guisasaola no se limitó a esto. Iba a las trincheras a la hora del combate, y en medio del fuego más espantoso, ante una lluvia de balas y metralla, sereno, sin alterarse siquiera la color del rostro, llegaba a la línea de combate, adonde no llegaban ni los generales más audaces, y allí se inclinaba sobre el soldado herido; escuchaba tranquilamente su confesión, rodeaba de celestes consuelos su agonía, y le perdonaba sus pecados en nombre del Dios crucificado.

Un día, y esto retrata perfectamente ese admirable carácter. Un día llegó el general republicano Carbajal con numerosas fuerzas sobre Querétaro. Acababa de hacer una brillante correría por el Estado, y después de ocupar San Juan del Río, creyó que podía apoderarse de la ciudad de Querétaro que estaba ligeramente guarnecida.

Pero la guarnición no era tan corta, y sobre todo allí estaba Mejía, que aunque enfermo, instado por las autoridades que perdían la cabeza en aquellos momentos, dejó el lecho y montó a caballo. Reunió los diversos piquetes que al abandonar los

pueblos inmediatos se había concentrado en la ciudad; formó una columna y con ella y media batería salió a encontrar a Carbajal.

Aquello era mucho, pues Mejía por su valor moral duplicaba la entidad de su fuerza.

Se trabó el combate, y aunque los soldados republicanos hicieron prodigios de valor, tuvieron que retirarse después de sufrir graves pérdidas, sin ser molestados en la retirada.

La pequeña batalla tuvo lugar a dos leguas de la ciudad un poco más allá de la Cañada. Con las tropas de Querétaro iba Guisasaola, diciendo, que puesto que debía haber heridos era preciso que hubiera también un sacerdote que auxiliara sus últimos instantes.

En efecto, a los pocos tiros tuvo adonde ejercer el sacerdocio, y con un valor que asombró al mismo Mejía, se situó en la línea avanzada a socorrer a los que caían.

Allí permaneció en lo más crudo de la pelea, y cuando comenzó a disminuir el fuego, Guisasaola enteramente solo montó un caballo y se dirigió adonde estaban los liberales.

-Padre! le gritó Mejía admirado de aquel arrojo, ¿adonde vá V.? ¡Retrocédá V. o lo hacen pedazos!

-General, le contestó Guisasaola, los liberales también han tenido heridos y no traen un sacerdote que los auxilie; voy a cumplir con ellos mi misión.

Sin escuchar más, puso al galope su caballo y pronto llegó al campo republicano sin que lo tocara una bala de las muchas que

cruzaban a su alrededor.

He aquí lo que era ese gran carácter.

A este sacerdote fué a quien dió el archiduque la presidencia de aquella junta.

Basch, entre tanto, dice usando de su acostumbrado plural, -Conseguimos de los habitantes, ropa blanca, colchones, vinos e hilas.

Esta es una de las páginas más tristes de aquellos días.

La soldadesca imperial se había arrojado sobre las cajas de los particulares, sobre los depósitos de maíz y frijol de los agricultores, y sobre las casas de comercio de la ciudad. En aquel saqueo diario, echo a la luz del día y bajo el mando del archiduque que había traído de Miramar el célebre lema de la equidad en la justicia, muy poco se había utilizado.

Pero no quedó en esto todo. Después llegó el cateo hasta las despensas y cocinas de las familias y se arrancó a estas hasta las semillas que les servían para sus alimentos.

Entonces llegó Basch, el miembro de la junta beneficencia, y él o los policías que habían puesto a sus órdenes, penetraron al santuario doméstico, y de allí arrebataron los lechos, los cuales llevaban al hospital, cuando estaban viejos y deteriorados; pero cuando encontraban colchones nuevos y ropas de lino, todo lo reservaban para su uso particular, vendiendo el excedente.

Esta era la beneficencia que ejercía el nuevo inspector general de los hospitales.



ENDARTERECTOMÍA PARA TRATAMIENTO DE LA ESTENOSIS CAROTÍDEA

El resultado de un estudio multicéntrico llevado a cabo por un grupo de investigadores en cincuenta hospitales de los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá, ha aclarado las dudas que existían sobre el beneficio que se puede obtener en la endarterectomía de la arteria carótida en casos de estenosis y para prevenir el infarto cerebral masivo por oclusión de esta arteria.

Se tomaron dos grupos, uno de 295 que recibió tratamiento médico, antiagregantes plaquetarios (aspirina) y según la indicación médica antihipertensivo, antipléido o antidiabético y el 99 % alguna droga anti-trombótica.

Los pacientes fueron operados por cirujanos con amplia experiencia ya fuesen neurocirujanos o cirujanos vasculares. Se formaron dos grupos con estenosis de 30 a 69 % de la arteria y otro con estenosis de 70 a 99 % de su luz.

La investigación mostró que a los 18 meses 12 % de los pacientes tratados médicamente y 5 % de los operados, habían presentado un infarto mayor o mortal, o sea una reducción de 7 % en los operados. Más aun, 30 meses después estas cifras seguían sin modificarse.

La conclusión oficial es que la endarterectomía carotídea es benéfica en pacientes con ataques isquémicos transitorios recientes que se presentan ipsilateralmente a una oclusión de la luz carotídea que varíe entre 70 y 90 % de la luz del vaso.

En este momento no se puede decir si este tratamiento es benéfico para pacientes sintomáticos con estenosis entre 30 y 69 % de la carótida y menos aun si esta cirugía puede ser benéfica en pacientes asintomáticos y con estenosis de menos de treinta por ciento.

JHMG